

NOVIEMBRE DE 1918

KARL y ROSA

NOVIEMBRE DE 1918
Una revolución alemana
Obra en tres partes

Primera parte
BURGUESES Y SOLDADOS

Segunda parte
VOL. I – EL PUEBLO TRAICIONADO
VOL. II – EL REGRESO DE LAS TROPAS DEL FRENTE

Tercera parte
KARL Y ROSA

ALFRED DÖBLIN

Noviembre de 1918

KARL y ROSA

Traducción de Carlos Fortea



Edhasa participa de la plataforma digital zonaedhasa.com.
Desde su página web (www.zonaedhasa.com)
podrá descargarse todas las obras de nuestro catálogo disponibles en este formato.
En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo
de Edhasa comentado.

Título original: *November 1918 III. Karl und Rosa*

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far



La traducción de esta obra ha recibido la ayuda del Goethe-Institut
fundado por el Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores.



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro,
Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas
Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

Primera edición impresa: abril de 2014

Primera edición en e-book: septiembre de 2016

Originally published as: "November 1918 – eine deutsche Revolution –
Karl und Rosa (vol. 3)". First published 1950 by Karl Alber Verlag, München.

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main, 2008

© De la traducción: Carlos Fortea, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial
o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4639-8

Producido en España

*En medio de la vida nos hallamos
rodeados de muerte;
¿a quién buscar que ayude,
que otorgue clemencia?
(Salmo antiguo)*

Libro primero

En prisión

Se lo había imaginado de otro modo

Se lo había imaginado de otro modo.

Era febrero de 1915. Quería ir a Holanda, a una conferencia de mujeres. La noche antes de partir, la policía de Berlín la sacó de su casa y la llevó en un coche celular a la prisión de mujeres de la Barnimstrasse. No tuvieron ninguna consideración con el hecho de que fuera una «política». Tuvo que desnudarse y dejarse cachear. . . , dos veces seguidas; se le llenaron los ojos de lágrimas. Más tarde, se irritaría con su debilidad.

Pasó un año en prisión —en mitad de la guerra, cuando su trabajo era necesario— porque, dos años antes, había declarado en Frankfurt: «Si se nos exige levantar las armas asesinas contra nuestros hermanos extranjeros, yo digo: No, no lo haremos». (Pero, qué dolor, sí lo habían hecho). Estaba presa. Los partes victoriosos se amontonaban. Al principio, aún pudo sacar a la calle una octavilla combativa, luego todo contacto con el mundo exterior cesó. Karl, su compañero de fatigas, fue reclutado y era balsero en el Düna, en el frente ruso.

¿Y, qué había sido de Hannesle, el joven y querido Hannes, su tardío amigo? Fue al frente como médico, y pronto anunció orgulloso que había conseguido la Cruz de Hierro.

Ella le escribió: «Hace un año esperaba la cárcel con alegría, como una fiesta, pero ahora...».

Oh, ese deseo de salir, esa dolorosa tensión. Se consumía durante las largas noches. La vida se iba, ahora tendría que estar fuera, para hacer la revolución contra el militarismo prusiano. Las masas esperaban una señal, tenía que guiarlas.

Y también tenía que estar ahí... por sí misma y por Hannelse, como cantaba Heine: «Ya no joven ni enteramente sano, cual soy en esta hora, aún querría volver a amar, soñar y ser feliz, pero sin ruido».

Y por fin, la libertad. 1916. Ahora está fuera y rodeada de personas. La festejan. Pero ella... ya no puede del todo. Su octavilla clandestina se publica ahora, con la firma «Junius». La conclusión atruena con patetismo:

«La locura de la guerra sólo cesará, y su sangriento espectro desaparecerá, cuando los trabajadores de Alemania, Francia, Inglaterra y Rusia despierten por fin de su estupor, se tiendan fraternales las manos y sobrepujen el coro bestial de las hienas imperialistas con el viejo grito de batalla de los trabajadores: “Proletarios de todos los países, uníos”».

Aún hubo momentos felices. Pensaban en la fundación de un partido revolucionario. Y luego el 1º de mayo. La Liga Espartaquista llamó con audacia a las masas obreras de Berlín a una manifestación contra la guerra.

¡Qué horas grandiosas en la Postdamer Platz de Berlín! La policía ha ocupado temprano el lugar, pero aun así los trabajadores vienen. Su número aumenta. Se convierten en miles. Y entonces aparece Karl, Karl Liebknecht, con su uniforme de soldado obrero. Está junto a él. Gritan: «¡Karl, Karl... Rosa!» Ella saluda y ríe. Habla.

Pero la voz de Karl se impone a todas: «¡Abajo la guerra! ¡Abajo la guerra! ¡Abajo el Gobierno!».

La policía desenvaina, y quiere prenderlo. Rosa y otros se interponen. Él sigue gritando. Ella ve cómo agita el brazo derecho. Entonces los jinetes rompen sus filas, Karl es detenido. El tumulto es inmenso. Se lo llevan. Durante horas, aún hay escaramuzas en la plaza y en las calles vecinas.

Entretanto, Rosa está con la pequeña Sonja, la esposa de Karl, en el Café Fürstenhof, y están felices, entusiasmadas. Toman café y pasteles. Charlan y se cuentan episodios de la lucha. Llamán la atención con sus salvas de risas.

¡Qué ardiente 1º de mayo!

Pero en junio condenan a Karl a dos años y medio de prisión, y más tarde elevan la pena a cuatro años.

Y poco después la cogen a ella.

Y en esta ocasión ya no toman como pretexto ningún viejo delito. Esta vez van tan en serio como ella. Le imponen prisión preventiva ilimitada.

Y ahora la cárcel la ha engullido.

Hace mucho que no está en condiciones de estar alegre y estallar en salvas de risas.

De las piojosas celdas del cuartel de policía de Berlín va a Wronke, y de allí al siniestro edificio de ladrillo de la prisión de mujeres de Breslau. Parece que lo soporta todo bien. Ella lo dice, y se lo escribe a otros: ha estado ya en la cárcel en Rusia y en Polonia.

Pero cumple cuarenta y seis años..., cuarenta y seis años. Su pelo palidece. Fuera la guerra sigue, entre crímenes, hambre y enfermedades. Las tempestades de la revolución soplan sobre Rusia, y un rumor increíble penetra en la cárcel: Lenin, el más radical de los revolucionarios, se ha vendido al Estado Mayor alemán y se le ha permitido ir a Rusia cruzando Alemania, Lenin ya está en San Petersburgo.

A Rosa le acomete una especie de temblor. No sabe nada, no entiende nada. Teme por todo. Se excita al ver los escarabajos carboneros que buscan su alimento delante de su ventana. Para tranquilizarse empieza a traducir a Korolenko. Hay que tener cuidado con no derrumbarse.

Luego, en noviembre, llegan dos noticias casi simultáneas: En San Petersburgo, ese incomprensible Lenin ha derrocado a Kerenski con sus bolcheviques, y Hannes ha muerto, Hannes ha caído, Hannes Dürsterberg, el único ser amado.

Estaban esperando el final de la guerra. Querían hacer un gran viaje, cuando todo hubiera terminado, al sur, disfrutar de la vida, nada de política, ni de asambleas, ni de periódicos.

Ella balbucea: «No salgo del asombro. ¿Es posible? Es como una palabra que enmudece en mitad de una frase. No lo entiendo. ¿Es posible?»

Pero su vida aún no ha terminado. Aún van a ser posibles muchas cosas.



Enero de 1918. Prisión de mujeres de Breslau. Una mujer pequeña de pelo blanco está a la puerta de la gran explotación amurallada y llora. El soldado ha terminado al fin de maldecir y arrear a los búfalos. El pesado carromato ha cruzado el umbral. Las mujeres, las presas, acuden corriendo y arrancan los objetos del montón, raídas guerreras de soldados, y se las llevan a las celdas para zurcirlas. El joven soldado tira la gorra bajo el pescante, se seca el sudor de la frente y la boca, y pregunta dónde está la cantina. La vigilante que está detrás del carro, ayudando a descargar, le grita por encima de las cabezas de las mujeres:

—¿Qué cantina? ¡Lo que faltaba! ¡Aquí no hay de eso, negrero!

Él se coloca bien los pantalones:

—¡Negrero, bah! Nadie se compadece de nosotros.

Y se apoya en el muro, mete las manos en los bolsillos y silba una canción. Uno de los búfalos sangra. Su gruesa piel se ha rasgado.

La mujer pequeña de pelo blanco se acerca al soldado y busca en su joven y colorado rostro. Es bajito, lleva el pelo de un rubio tostado cortado muy corto, y un bigotito. En la mejilla derecha, justo encima del pómulo, tiene una cicatriz roja y reluciente. Cuando la mujer se detiene ante él sin decir nada, deja de silbar, se agacha de pronto y le sopla en la nariz. Cuando ella retrocede y se retira, él ríe a sus espaldas y ruge:

—¡Ja, ja, cómo se balancea! Se balancea como un pato.

Rosa escribe en su celda a la mujer de Karl:

«Sonja, eran hermosos búfalos rumanos, acostumbrados a la libertad. Uno de los animales sangraba, miraba con una expresión como la de un niño cansado de llorar, que no sabe cómo escapar al tormento. Pero así es la vida, Sonja. A pesar de todo, hay que tomarla con valentía y audacia.»

La pluma se le cae de la mano. Se da cuenta de que está volviendo a hablar consigo misma.

★ ★ ★

El joven soldado saca sus búfalos del patio de la cárcel, corre látigo en mano junto al carro por las estrechas calles hasta el depósito, desengancha los animales, los lleva hasta la bomba y rocía a cada uno con un cubo de agua. Luego los lleva al establo y les da forraje. A cada uno de ellos le da un puñetazo entre los cuernos:

—¡Bestia perezosa, saco de forraje!

Luego se lava él mismo en la bomba y se sienta en un banco de la cálida y humosa cantina, junto a los otros que ya están comiendo. Sorbe la sopa de coliflor ardiente. Cuando muerde el pegajoso pan de guerra, escupe y tira el mendrugo entero debajo de la mesa. Los otros, reclutas, le preguntan:

—¿Qué haces, boyero? Vas a coger el pan ahora mismo.

Tiene que recogerlo, limpiarlo y dejarlo a su lado. Y ellos le profetizan que se lo va a comer, que hasta entonces no le darán otro. Hace poco que le han dado una paliza, así que dice «bah» cobardemente y engulle sus patatas. Cuando termina y va hacia la puerta, se vuelve hacia ellos y escupe en el umbral. Antes de que lo cojan ya está en la oficina del sargento, y oyen que se está dando de alta. Se contentan con eso. Van a librarse de él. Le darán quince días de permiso.

Y a la mañana siguiente, equipado como para ir al frente, ya está en la estación con unos cuantos más. Suben a un vagón de tercera. La Cruz Roja les da por las ventanillas café y panecillos secos. Ya están dormidos antes de que el tren salga.

Es el cazador Runge, al que nadie ha hecho bien en su vida. Sabe que tampoco lo quieren en casa. Pero eso no importa. Precisamente, eso tampoco importa.



La noche ha caído sobre la prisión. Los grajos se han ido a dormir, describiendo una ancha y laxa estela hacia los campos, por encima del patio. La negrura del cielo se posa sobre los muros de la prisión y vela su atrocidad. (¡No juzguéis, y no seréis juzgados!)

Rosa está tumbada, escuchando los extraños y entrecortados gritos de los pájaros.

Ha llegado la hora de la desesperación. Se arroja sobre la cama dura como una piedra.

Yo lo he asesinado. He permitido que se fuera. Y no he pensado ni por un momento que podría caer. He pensado en todo lo imaginable, en los cien mil anónimos. Por ellos, a los que no conocía, escribí contra la vergüenza de la guerra. Pero no pensé en ti. Oh, yo era una gran altruista.

Temblaba y se mordía los labios. Un frío espantoso la atravesaba.

Siempre supe qué necesitaban los otros. El pobre Hannes vino a parar a mi lado. Yo le amaba. Se convirtió en mi Hannes, y dejé de preocuparme por él.

Se sentó al borde de la cama, pasó horas sentada en las tinieblas, con la pesada impotencia sobre ella.

★ ★ ★

Mira, los prusianos, el militarismo, todo aquello contra lo que escribía y hablaba, ahora me han atrapado también a mí.

Se clavó los dedos en las sienes.

Me han cogido. Así se han vengado de mí. No estaba bastante muerta para ellos, en la cárcel. Me lo asesinan fuera, y me devuelven mis cartas.

Sus lágrimas corrían en la oscuridad. Sollozaba con los ojos cerrados, a veces tan fuerte que al lado golpeaban la pared. Por las mañanas, engullía con retraso su café aguado.

Está bien, soy una viuda de guerra. No sabía cómo era perder a alguien. Y es mil veces peor de lo que yo pensaba. Debería de haber procedido de forma completamente distinta contra los asesinos. Ahora tengo que morir con él de la mañana hasta el atardecer y en el transcurso de las largas noches. Cuando pasa la noche, vuelve el sol y me lleva hasta la siguiente muerte. Como Antígona, he sido encerrada en la cámara nupcial y emparedada viva. ¿Quién podrá rescatarme?

¡Hannes, ven, ayúdame! Ven, querido, amado, quédate conmigo. Ya no te retiene cuerpo alguno, las puertas y los muros no son un obstáculo. Perdóname lo que te he hecho. Mira cómo me castigan. Me han dejado con vida y se te han llevado a ti.

Tacha tus cuentas, Hannes. No puedes haber desaparecido, tu cuerpo yace en tierra en alguna parte, y allí también tiene que estar tu alma. Hay una ley de la conservación de la energía y de la materia. No puedes haber desaparecido. No te escapes de mí. Ven, Hannes, al que llaman muerto porque no les das señales de vida. Y por qué ibas a darles señales a ellos, para los que tan sólo eras un número. Has terminado con ellos, definitiva, más radicalmente aún que yo. Pero conmigo... conmigo todavía no has empezado. Lo sabes, Hannes.

Así que ven aquí. No te ocultes de mí. No soy ninguna bruja, no puedo conjurarte. Así que ven...

Susurraba sin cesar: «Hannes, Hannes».

Y con eso se mantenía despierta hasta los primeros cantos de los pájaros.

Los grajos vuelan, describiendo una ancha y laxa estela hacia los campos, por encima del patio.

Rosa, tendida, escucha los grajeos de los pájaros. Chasquean: Kau-Kau. Suena como si se tirasen bolitas de metal.

La cama es dura como una piedra, pero Rosa ya no sabe que está en prisión. Ya no es joven, tiene toda clase de molestias (vieja histérica, se regaña), yace en el duro lecho, insomne, mira la luz de los lampeones en el techo, oye los lentos y pesados pasos de la guardia... y está embriagada. Envuelta en felicidad.

Sobre su mesa está la foto de Hannes que le ha enviado Luise. Parece tan preocupado. Ella le consuela, no debe ser desdichado, hay tanta alegría en el mundo.

Muerte. Qué palabra tan vacía. Yo te tengo. Quién va a arrancarte de mí. Qué nos importa la palabra «Muerte». Mien-

tras tenga mis miembros no estarás abandonado, y cuando ya no los tenga estaremos juntos. Hannes, tengo tanta dicha para regalar. ¡Abre la boca, niño, abre el pico, ven y toma! ¡Ah, soy dichosa! Coge algo de mi dicha.

—¿Por qué estás tan contenta, Rosa?

—¿Acaso lo sé? ¿Es que debo saberlo todo?

—He tenido que morir en el frente, y ya no podremos viajar juntos.

—Todo llegará, Hannes, paciencia. Viajo contigo, te llevo conmigo como viajero sin billete. Te paso de contrabando por todas las fronteras.

—¿Y cómo? ¿Y dónde? ¿Cómo vas a llevarme, Rosa?

—Te llevo en mis cabellos. Aún tengo el cabello abundante. Ya está casi blanco, y la gente deduce de eso que soy vieja. ¿Soy vieja, Hannes?

—¿Cómo vas a llevarme en tus cabellos?

—Voy sin sombrero. Te llevo, igual que una campesina lleva su cántaro, en la cabeza, o te bajo hasta mi corazón. Oh, será hermoso, Hannes. Siempre nos ha molestado algo, ora a ti de mí, ora a mí —perdóname— de ti. Ahora es culpa de la celda, la guardia vigila nuestros encuentros. Espléndido, ¿eh? Nos reímos de ellos. Y tú me dices cosas maravillosas, y yo soy enteramente tuya.

—¿Y dónde queda la revolución, tu partido?

—Yo sigo siendo Rosa, sin revolución y sin partido. Rosa sólo para ti.

—¿Y los pájaros..., y las flores..., y tu gato, *Mimí*?

—Los llevaremos con nosotros. Oh, aún llevaremos más cosas, Hannes, el cielo entero, las estrellas, la primavera, la puesta de sol, el crepúsculo. Podemos llevarlos a todos, nadie piensa en ellos, la gente no se ocupa más que de la guerra.

—¿Y la música, Rosa? ¿Las canciones de Hugo Wolf?

—Sí, y a tu Romain Rolland, tu *Jean-Christophe*, ¡cuánto me alegra pensar en nuestro viaje!



Es día de baño. En el patio, barren la nieve que ha caído a lo largo de la noche, y las grises piedras del adoquinado que las presas recorren durante todo el año vuelven a quedar visibles.

¡Mira, a los de enfrente también les nieva! Uno tiene la ventana abierta y coge un puñado de nieve por entre las rejas. ¿Quién puede ser? Un ser humano como yo, encerrado, impotente, condenado a secarse aquí. Detrás de cada reja hay alguien como yo, que mira la nieve y se complace un poquito con ella. Somos aquellos que la sociedad no logrará liquidar, y por eso nos emparedan.

La puerta de la celda se abre, la celadora entra, también es una presa, una joven delgada que lleva la cabeza envuelta en un pañuelo de colores. Su rostro es enjuto, tiene la piel tensa y blanca como la cera. Rosa la contempla hoy por primera vez. Con alguien con una hermosa máscara como ésa tuvo una mala experiencia en Berlín, en la Barnimstrasse. Hoy, le apremia tener una conversación cotidiana. La nieve la ha ablandado, y teme secretamente.

La prisionera trágica conduce a Rosa a la sala de baños, llena de vapor, y la deja sola. La luz entra en la sala desde arriba, por un ventanuco. Rosa se acuerda de la mariposa del cuarto de baño de Wronke que le devolvió el aliento vital. Ahora está en Breslau, es invierno. Se mete en la bañera, en el agua caliente, en plena mañana, y piensa en los jóvenes que están cayendo fuera, ahora, a cada hora, a cada minuto.

Me meto en la bañera como una gorda burguesa y entro en calor. ¿Y qué voy a hacer? Cuánto nos hemos esforzado. Yo

supe gritar, Karl supo gritar, y unas cuántas docenas con nosotros. Y nos dejamos encerrar, y eso fue todo lo que pudimos hacer. Porque contra la masa no hay nada que hacer. Su inercia es más fuerte que nosotros. Cuando llega la hora vuelven a obedecer, cogen sus fusiles y disparan por el emperador y el rey. No quieren otra cosa. El joven Friedrich Adler ha abatido a tiros en Viena al ministro Stürgk. No importa. Tienen la cobardía metida en los huesos. Y los gobernantes criminales cuentan con ello. Y yo estoy metida en la bañera, entrando en calor.

La gente no nos quiere. La gente quiere tranquilidad.

(Chapoteó en el agua). Esto de la política es algo maldito. Trabajar para nada. Así empecé, muy pronto, así me ha robado la vida. En Varsovia, tuve que guardar cama a causa de la cadera. Y mi madre decía: «¿Para qué vas a levantarte?» Pero yo no aguantaba, y por la mañana temprano, cuando todos dormían aún, me plantaba en camisa junto a la ventana y me asomaba al patio, donde Antoni el alto estaba con su carro, y luego buscaba por los tejados, sí, por los tejados, la vida, la verdadera, plena vida. Detrás, detrás de los tejados tiene que estar la vida, muy lejos. He corrido en pos de ella. Siempre pensaba: está al otro lado de los tejados. No la alcancé. Por eso mi pelo se ha vuelto como la nieve. Por eso ha muerto mi Hannes.

(Cerró los ojos). De nada sirvió tu inteligencia, Rosa Luxemburg. Eras terriblemente inteligente, pero no lo bastante. Y un Moloch te engulló.

No rechines los dientes, Rosa, no tiembles. Te has perdido. Por lo menos estás en un baño caliente. Confórmate con tu baño caliente.

Cuando recorría el pasillo helado de vuelta a su celda, la celadora de la máscara blanca estaba a la puerta y abrió, con los ojos bajos. Rosa la atrajo hacia sí, dentro de la celda, y le preguntó su nombre.

Se llamaba Tanja.

¿Polaca o rusa?

Polaca.

Susurraron en polaco. ¿Bajaría Tanja al patio esa tarde? La celadora miró a Rosa con desconfianza. Sí, estaría en el patio.

No sé lo que quiero de ella, piensa Rosa mientras se deja caer en su lecho, pero si alguien no me sacude pronto enloqueceré.

Lenin hace su revolución

En torno a esa época, los rusos llevan varios cuerpos de ventaja a los alemanes. Ya han superado su derrota.

Y tienen aquello con lo que un puñado de personas sueña en las cárceles de Alemania: una revolución. Han expulsado a los zares y derrocado a un Gobierno de compromiso. Ya no hay dictadura militar. Los presos han salido de las cárceles, los exiliados han regresado. Ahora toca la libertad, por la que la vanguardia de los combatientes se ha dejado ahorcar, fusilar y enviar a Siberia durante décadas.

Y, en Petrogrado, Lenin se dispone a enseñar a los otros cuál es el aspecto de una revolución, en lo que hay diferentes opiniones.

Para aclarar rápidamente la cuestión tal como él lo desea, quiere empezar por librarse de los alemanes que quedan en su país.

Sin embargo, el general Ludendorff piensa más en desvalijar cadáveres que en la paz. Cuando Trotski se da cuenta en Brest-Litowsk, regresa a Petrogrado para pedir consejo a Lenin. Realmente es alguien al que se puede pedir consejo.

Lenin está en esos momentos olfateando a un montón de hombres y mujeres que se han reunido en Petrogrado con

la intención de convocar una Asamblea Nacional. Pueden demostrar que han sido elegidos legal y libremente, y con muchos más votos que los bolcheviques. De hecho, esto impresionó a Lenin.

Hace encarcelar al presidente de la junta electoral, luego nombra una nueva junta electoral, y como el asunto ya no puede seguir aplazándose, fija el 18 de enero —es el año 1918— como fecha de inauguración de esa Asamblea que aquellos hombres y mujeres persiguen. Por él, puede empezar ya la fiesta de la matanza.

Por el extraño rumbo que la revolución ha tomado hasta entonces, algunas personas ya saben que tienen que tener cuidado con Lenin, con ese hombre junto al que hasta ahora han luchado hombro con hombro por la caída del capitalismo y el imperialismo (desde luego, él siempre ha mantenido su cabeza a salvo). Cometieron un atentado contra él. Fracasa. Quieren secuestrar a los comisarios del pueblo bolcheviques. También eso fracasa. Entonces constatan que sus ideas acerca del socialismo son correctas, pero su puesta en práctica no va bien por el momento. (¿Habría habido tal vez errores de cálculo?)

El día permitido, acuden al Palacio Táuride con el corazón oprimido, lleno de presagios, totalmente seguros de sus ideas, pero preocupados por los errores de cálculo. Están llenos de rencor por la deslealtad y los métodos de los bolcheviques. La ira arde en ellos.

Entretanto, Lenin ha hecho venir a un regimiento de tiradores letón, al que las disputas dentro de Rusia resultan indiferentes.

Y cuando, el 18 de enero, los representantes electos del pueblo, hombres y mujeres, se acercan al Palacio Táuride, se sienten no saben cómo. Se sienten devueltos a los tiempos más antiguos. Por todas partes fusiles y bayonetas. Les quitan los

documentos de identidad y los examinan. Tiradores letones y Guardia Roja mantienen vigiladas las entradas del edificio. En las ventanas se han instalado ametralladoras. ¿Para qué han hecho la revolución? ¿Van a reunirse libremente allí a manifestar la voluntad del pueblo?

A las cuatro de la tarde, por fin, se abre la sesión. Conforme al viejo uso parlamentario, el partido mayoritario propone al más antiguo de sus diputados como presidente provisional; son los socialrevolucionarios.

Entonces Sverdlov, presidente del soviet de Petrogrado, al que realmente allí no se le ha perdido nada, se abre paso hasta el sillón presidencial, se sienta entre los gritos de ira de la sorprendida e indignada Asamblea y lee, sin haber pedido y no digamos obtenido la palabra, una comunicación del Consejo de Comisarios del Pueblo según la cual la honorable constituyente será disuelta de inmediato si no acepta los hechos... lo que, a juzgar por los acontecimientos precedentes, quiere decir el poder soviético.

En la honorable constituyente resuenan distintas observaciones, de las que la más suave es: «Mejor lavaos las manos de sangre, asesinos».

De hecho, se habían ejecutado toda clase de fusilamientos. Pero los bolcheviques se encontraban en poder de una fuerte posición estratégica: tenían toda la ciudad de Petrogrado, en la que se encontraban, y el regimiento letón. Así que podían asumir fácilmente los insultos.

Acto seguido se eligió presidente de la constituyente a un tal Tschernov, que había servido como ministro de agricultura a las órdenes del huido consensuador Kerenski. Tomó posesión, entre el aplauso atronador de la Asamblea, del asiento calentado y abandonado por Sverdlov, y atacó irreflexiva y directamente a los bolcheviques, por los muchos trastornos que estaban pre-

parando la auténtica revolución. Celebró con enfáticos giros la anhelada constitución democrática del país, a cuyo asentamiento había que dedicarse ahora de inmediato.

Los bolcheviques habían tenido la precaución de llenar las galerías con su gente. Cuando la Asamblea aplaudía, arriba hacían «huuuuh-huuuh», y cuando la Asamblea hacía «huuuuh-huuuh», arriba aplaudían con entusiasmo. Eran diferencias de opinión. No llegaban a ser peligrosas, porque los unos estaban arriba y los otros abajo.

Si, previa presentación de su pase, un científico hubiera entrado el 18 de enero de 1918, entre las seis y las ocho, al Palacio Táuride de Petrogrado para estudiar los fenómenos sociales, hubiera considerado natural el conjunto y elogiado la disposición: los unos arriba, los otros abajo. Desde luego, los dioses homéricos habrían procurado más movimiento. Rápidamente se habrían dado cuenta de que entre arriba y abajo había escaleras, y habrían utilizado esas escaleras para poner en contacto a las masas. En ese caso, en la escalera se hubieran producido —entre mencheviques y socialrevolucionarios abajo, bolcheviques arriba— terribles broncas y tiroteos, con Palas Atenea y Marte y Apolo en medio, diciendo, a falta de recomendaciones divinas, cosas como: «Zúmbale. Más fuerte. Iván, dale duro. Nicolás Nicolayevitch, saca el cuchillo, haz sangre. Konstantinovich, saca el mazo y pégale en la cresta».

Lenin, en Petrogrado, que más tarde sería Leningrado, no intervino. Esperó. A la una de la mañana, se produjo el incidente que él había estado esperando.

La mayoría presentó una moción, los bolcheviques presentaron otra. Los bolcheviques querían prioridad y no la obtuvieron, y entonces se acabó, abandonaron la inhóspita casa y acudieron a Lenin, a los tiradores letones y a la Guardia Roja, para quejarse.

Lenin escuchó comprensivo sus quejas en el edificio Smolny. Elogió su gran resistencia, su heroica paciencia, y mostró un corazón sincero. Dijo que no debían excitarse por eso. Y conversó con sus amigos del ejecutivo y escribió una nota a lápiz:

«La Constituyente, que ha sido elegida sobre la base de listas confeccionadas antes de la revolución de noviembre, representa el antiguo orden, en el que predominaban los compromisarios y los cadetes. Está claro que tal Constituyente sólo puede ser una ayuda para la contrarrevolución burguesa. En consecuencia, el Comité Ejecutivo Central declara disuelta la Constituyente».

Se guardó la nota en el bolsillo y fue con ella hasta el Palacio Táuride, brillantemente iluminado. Fue un refrescante paseo, en parte debido al aire puro de la noche después del humo que reinaba en Smolny, en parte a causa de la nota guardada en el bolsillo. Abajo, en el palacio, entregó el papel al comandante de la guardia y le dijo que dispusiera todo lo necesario, pero que no corría prisa. Había que esperar tranquilamente a que terminara la sesión.

El comandante dijo que la guardia estaba cansada. ¿No se podía, antes...?

Lenin le dio unas comprensivas palmaditas en el hombro, sonrió, dijo «adieu» y se fue.

El comandante esperó con su guardia hasta las cuatro de la mañana. En la sala no acababan. Discutían su ley principal, sobre la propiedad de la tierra. Por fin atronaron los aplausos, lo habían conseguido, la tierra estaba repartida. En la galería ya nadie respondió; en primer lugar, también ellos estaban cansados, y en segundo lugar ya sabían qué iba a pasar después.

Y mira por dónde, la puerta de la sala se abre, y el comandante de la guardia entra. Mira a su alrededor. Se abre paso entre los diputados, que se han puesto en pie y jalean y aplau-

den y están en los pasillos. Llega a la cabecera sin ser advertido. Es un momento histórico, piensan todos. Y de hecho lo es, pero otro distinto del que suponen.

El comandante se abre paso hasta la tribuna y se planta junto al presidente Tschernov, que mirando a la sala participa del aplauso general. El comandante le pone delicadamente la mano en el hombro (así llama el destino a la puerta):

—¿No sería hora de terminar, señor presidente? —susurra el soldado, y señala el reloj que hay en la barandilla de las tribunas. También saca del bolsillo la nota de Lenin y se la entrega a Tschernov—: Lea esto. La Asamblea está disuelta. Y la guardia está tan cansada.

Cuando abajo se fijan en el comandante y se produce un repentino silencio —todos los ojos están puestos en él—, se vuelve confuso hacia la Asamblea y les ruega también que se vayan a casa, de verdad que la guardia está muy cansada, es muy tarde, las cuatro de la mañana.

Tschernov lanza con brío la respuesta que su Constituyente espera de él:

—Lo entendemos, comandante. Los miembros de la Constituyente están tan cansados como los soldados. Pero aquí se trata de preparar leyes que toda Rusia está esperando.

El soldado no está preparado para eso, se rasca la cabeza y se queda mudo y avergonzado. En cambio, Tschernov ignora despreciativo a ese tipo necio y descarado y pasa al orden del día, empezando él mismo a hablar sobre la paz que se prepara en Brest-Litovsk, sin que los bolcheviques tengan plenos poderes. Y de pronto el espíritu de su antiguo jefe Kerenski le sobreviene, y llama a los muy lejanos aliados a ocuparse de Rusia y de la democracia.

Entretanto, el comandante, al que Tschernov ha devuelto la nota, se escurre, pequeño e ignorado, fuera de la sala.

Fuera, lee la nota a sus camaradas, que creían que traía por fin el término de la sesión. En vez de eso, agita la nota y confiesa, triste:

—No lo he conseguido, no entran en razón. ¿Qué hacemos?

Consideran que la cosa está muy clara: hay que poner fin a aquello. Uno de ellos va a ver al mecánico del sótano, que también comprende y, sencillamente, desconecta la luz eléctrica.

En ese momento, en la galería, todos los que se habían dormido despiertan y empiezan a graznar, alegres como gallos al salir el sol. Se produce un tumulto en la sala a oscuras, hay gritos, amenazas, pisotones. Pero no queda alternativa, hay que irse. En medio del tumulto, se oyen amargas quejas: es una vergüenza para Rusia, el extranjero se hará una imagen de la nueva Rusia democrática de la que habría que avergonzarse, y los monárquicos de burlarán de esta clase de autogobierno del pueblo.

Mientras la gente se queja de este modo y se abre paso hacia la salida, mientras la galería maúlla, Tschernov pronuncia desde la tribuna, apenas audible, pero lo hace, las palabras finales:

—Por la presente, se proclama el Estado ruso como República Democrática Federalista Rusa.

«Por la presente», dice. En medio del tumulto, no es posible saber a qué se refiere, si a las presentes tinieblas en la sala, al presente griterío o a los maullidos.

★ ★ ★

Al mediodía siguiente, cierto número de diputados que aún no se habían enterado de nada fueron dando un paseo hasta

el Palacio Táuride para ver cómo le iba a la nueva República rusa proclamada el día anterior. Pero en esta ocasión los tiradores letones y la Guardia Roja se habían alineado en un círculo tan amplio en torno al edificio que nadie podía entrar. Y no les importaban las identificaciones. Así que los diputados se sobresaltaron y se miraron unos a otros. ¿Era eso la nueva República? ¿Se llamaba a eso revolución? Aquello era traición, contrarrevolución.

Pero era Lenin.

Trotsky acababa de hacerle una detallada exposición acerca de Brest-Litovsk, y Lenin dijo:

—Bonita sorpresa. Estos alemanes son brutales pero sinceros, cosa que no se puede decir de las democracias occidentales. Pero tampoco tenemos que hacernos ilusiones acerca de ellos, nuestros antiguos aliados. Sea como fuere, en lo que a nuestra Constituyente se refiere, su disolución era lo mejor en las circunstancias dadas: total y abierta liquidación de la democracia formal en nombre de la dictadura revolucionaria.

Trotsky bajó la vista hacia la calle, donde en ese momento tendían sobre la nieve una barrera de alambre de espino:

—¿Cómo se comportaron?

—¿Quiénes?

—Los diputados, anoche.

Trotsky sacó unos puros del bolsillo de su chaquetón de cuero.

—Habana, de Brest-Litovsk, un soborno.

Lenin olfateó uno:

—¿Estás seguro de que no explotará cuando lo enciendas?

Trotsky encendió el suyo, olía bien.

—Anoche —Lenin rio, jovial— me hubiera gustado verlos. Habían ideado largos discursos, cada uno de ellos tenía un

mazo de ellos en el bolsillo. Y entonces viene mi comandante, bosteza y gruñe—: «Estoy cansado, estoy tan cansado», y les apaga la luz.



Los trabajadores del metal de Berlín quieren la paz. Hacen huelga en protesta contra las exigencias alemanas de Brest-Litovsk.

Distribuyen una octavilla:

«¡Trabajadoras! ¡Trabajadores! El trabajo en todas las industrias de Viena y Budapest ha estado parado durante cinco días. Tenemos que terminar lo que nuestros hermanos austro-húngaros han empezado.

La decisión de la cuestión de la paz está en manos del proletariado alemán. Lucharemos hasta que nuestras exigencias mínimas hayan sido atendidas sin recorte alguno. Derogación del estado de sitio, de la censura, de todas las restricciones a la libertad de reunión, y puesta en libertad de todos los presos políticos. Ésas son nuestras condiciones, que son necesarias para desplegar nuestra lucha por la república popular en Alemania y por una inmediata paz general.

¡Trabajadores! Antes de abandonar nuestros puestos de trabajo, tenemos que conseguir una representación libremente elegida conforme a los modelos austríaco y ruso, con la misión de dirigir esta lucha y las ulteriores.

¡A la lucha! ¡Todos para uno, y uno para todos!

¡Hombre del trabajo, despierta y reconoce tu poder! ¡Todas las ruedas se detendrán, si así lo quiere tu fuerte brazo!

¡Abajo la guerra! ¡Abajo el Gobierno!»

El 28 de enero, cuatrocientos mil trabajadores y trabajadoras hicieron huelga en Berlín por una paz sin anexiones e indemnizaciones, por el derecho de autodeterminación de los

pueblos, por la participación de representantes de los trabajadores en las negociaciones de paz.

Los jefes revolucionarios habían formado un auténtico comité de acción, con Haase, Ledebour, Dittmann y Richard Müller. Pero los gusanos estaban asentados en él, y se llamaban Ebert y Scheidemann, de la vieja socialdemocracia.

El comité se reunió, el número de huelguistas ascendió a medio millón. Realmente todas las ruedas de la industria de guerra se detuvieron. El Gobierno decretó el estado de sitio agravado, instauró tribunales de guerra extraordinarios. La huelga se alargó hasta el 31 de enero. Luego, la acción de los gusanos se hizo visible. Los socialistas negociaron con el Gobierno, y entonces también los Independientes se ablandaron, por lo que el gobernador militar de la provincia consideró llegado el momento de poner siete grandes industrias bajo dirección militar y anunciar que, si el trabajo no se reanudaba antes del lunes 4 de febrero, se producirían llamamientos a filas y sanciones militares.

Los espartaquistas armaron ruido: «Violencia contra violencia, nos mantendremos firmes, la única decisión la tomará la calle, ¡abajo la guerra, abajo el Gobierno!» El trabajo se reanudó.



El general Ludendorff se mostraba incontenible, tanto en el interior del país como fuera. Como los rusos no querían tragarse sus condiciones, suspendió el armisticio y avanzó. El ejército alemán tomó Pskow, donde el año anterior el zar había sido obligado a abdicar, y luego Mogilew, donde en diciembre los bolcheviques habían sacado de su vagón salón al último comandante en jefe del ejército zarista, Duchonin, y lo habían abatido a tiros.

Fue una guerra de lo más divertida para los alemanes de Guillermo II. El general Hoffmann dijo: «Esta guerra tiene el encanto de la novedad. Simplemente se mete cierto número de gente en un tren, con unas cuantas ametralladoras, van hasta la próxima estación, hacen prisioneros, siguen ruta, y de esa manera conquistan Rusia».

Después de eso, las condiciones alemanas para la paz fueron terribles. Ni Trotski ni Stalin estaban dispuestos a firmar. Pero Lenin quería la revolución. Sus ojos pequeños y astutos brillaban:

—No se puede hacer bromas con la guerra. Seguí sin entenderlo. La revolución está en peligro. Cuando Napoleón venció a estos mismos prusianos que tenemos delante de nosotros, firmaron con él la Paz de Tilsit. No tenía buen aspecto. Por eso la firmaron. Al cabo de unos años ya no había ningún Napoleón. Yo voy a firmar mi Paz de Tilsit.

Ellos dijeron que sería difícil imponerla, y que además haría daño a la causa de la revolución. Él se burló:

—¿Eso creéis? ¡Ya veremos!

El hombre pequeño y calvo conservaba su suave sonrisa irónica cuando el soviet de Petrogrado y el Comité Central lo recibieron con el grito:

—¡Abajo, abajo, traidor!

Él se burló de ellos:

—Vuestra irritación es comprensible, pero, ¿qué proponéis en vez de esto? ¿Podéis vosotros detener al ejército alemán? ¿Podéis poner en pie un ejército? Nuestras trincheras están vacías. Es comprensible. Nuestros soldados han dejado la guerra atrás. Quieren tranquilidad, y se interesan más por lo que la paz y nuestra revolución les trae. Vuestro entusiasmo es hermoso, pero, ¿dónde están vuestras armas? No se puede hacer la guerra con afirmaciones y proclamas. Dónde están las armas,

decídmelo. Si no podéis, pienso que uno no puede volverse esclavo de sus propias frases.

Le respondieron que debía, simplemente, dejar avanzar a los alemanes. No aceptó:

–Si nos retiramos hasta los Urales, dentro de un mes tendremos que firmar condiciones cien veces peores.

El soviet de Petrogrado votó por él, en el Comité Central rugieron:

–¡Espía alemán! ¡Judas! Por eso te dejaron viajar a Rusia. Pero consiguió la mayoría.

Un gran júbilo se alzó en el Reichstag de Berlín cuando el Gobierno anunció esta «Paz de Brest-Litowsk», en la que Rusia perdía el treinta y cuatro por ciento de su población, además de la mitad de sus empresas industriales y nueve décimas partes de sus minas de carbón. Era inequívocamente una paz moderna.

El diputado Stresemann declaró:

–No han sido las negociaciones de paz con Trotski, ni la resolución del Reichstag en favor de la paz, ni el Papa, sino el avance de los ejércitos alemanes invasores lo que ha traído la paz en el Este.

Un socialista rugió:

–Los socialdemócratas nunca habríamos firmado un tratado así.

En Petrogrado, Lenin no podía dejarse ver por la calle. Gentes a las que antes él había fustigado por vacilantes e inclinados al compromiso fundaron una revista contra él, «El comunista», en la que escribían Radek y Bujarin, Kollontai y Dybenko. Pero él logró pasar el espantoso tratado por la última instancia, el Congreso de los Soviets de Todas las Rusias.

Luego, Petrogrado dejó de gustarle. Estaba en la línea de fuego alemana. Quería instalarse en Moscú. Los revolucionarios de octubre de 1917 alzaron un lamento:

—No entregaremos Petrogrado, Petrogrado, la cuna de la revolución, Petrogrado, donde está Smolny.

—Estúpidos sentimentales —gruñó Lenin mientras hacía la maleta—. Cuando estemos en Moscú, convertiremos el Kremlin en nuestro símbolo. Menudos idiotas.

Se sentía rodeado de románticos y necios. Trataba a Bujarin y los suyos como a colegiales.

También consiguió el traslado de la capital a Moscú.

Ahora Ludendorff tenía libre la frontera oriental, y podía lanzarse hacia el oeste, sobre el puñal de Foch.

Boda en la celda

La máscara trágica paseaba en el patio junto a Rosa. Rosa pensaba: cómo voy a hablar con ella, nos observan, esto nos traerá problemas.

Preguntó a Tanja:

—¿Por qué estás aquí?

Tanja sonrió:

—Robo.

—¿No trabajabas?

—Sí.

—¿Entonces? ¿Tenías algún novio?

—Sí —la máscara blanca lanzó una mirada al edificio de la cárcel masculina—. Está allí.

Rosa:

—¿Lo ves a veces?

La blanca asintió:

—Le cayeron tres años. Robo con escalo. Sólo tiene un ojo. Se lo sacaron de un tiro.

—Seguro que también él disparaba.

Tanja no movió un músculo:

–Tiene la bala encima de la nariz, y no sale.

Lanzó una rápida mirada a Rosa:

–¿Tienes también tú a alguien al otro lado?

–No.

–Tiene que ser bonito estar leyendo siempre. ¿Qué pone en los libros?

–Cómo les iría mejor a los hombres, Tanja. Cómo educarlos para que sepan lo que necesitan.

La máscara blanca hizo un guiño, uno no podía saber qué significaba exactamente ese gesto:

–¿Cómo va la gente que escribe los libros a saber qué necesitamos?

Rosa:

–¿Tú, por ejemplo?

Tanja rió entre dientes: No, claro que no, no hacía falta escribir para ella.

–¿Y por qué para ti no, Tanja?

Aquello divirtió tanto a Tanja que puso un brazo en el hombro de Rosa y se echó a reír de todo corazón: Rosa se sintió avergonzada. Por lo demás, otras dos mujeres que en ese momento pasaban ante ellas y se volvieron se rieron también; parecían comprender por que se reía Tanja. Porque Rosa era tonta.

Luego, Rosa estuvo paseando sola un rato y se enfadó. Después tuvo frío, pensó en su celda y... volvió a ser como una bebedora que pasa por delante de su taberna.

Tenía que entrar. Era una pulsión tan fuerte, irresistible. Se insultó mientras caminaba: voy hacia mi antro. Venteaba que iba a volver a quedarse con «él».

Y lo hizo antes de llegar a la celda. Aún se hizo reproches, se burló de sí misma y se maldijo: «Vas a volverte loca, Rosa;

vas a embrutecerte». Pero todo de manera superficial. En el fondo de su ser, ya estaba discutiendo con «él» y estaba metida hasta el cuello en un acalorado debate con él. «Psicosis carcelaria», gruñó, pero sus ojos miraban fijamente al frente.

Él afirmó:

—Siempre has dicho que no entendía nada de esto y no entendía nada de aquello. Que seguro que sabía algo de Medicina, y de Literatura, pero de lo demás, de las personas, del mundo, del Estado... bah. Todos éramos corderos, incluso Luise. ¿Y quién sabe algo? Sólo vosotros, los políticos, sólo los marxistas, los teóricos. Ellos se han tomado la sabiduría a cucharadas. Ahí tienes a Tanja. No pensarás que es tonta porque no ha leído nada. ¿Y dónde está vuestra erudición? Mira lo que están haciendo en Rusia, cómo van cayendo uno tras otro. Vaya una erudición. ¿Quién está en posesión de la verdad?

—Eso es lo que pasa en la ciencia, Hannes. Incluso en la Física y la Astronomía hay opiniones.

—Oh, Rosa, no te defiendas, no digas cosas que no te crees. ¿Hasta dónde has llegado en ese camino? ¿Qué pasa conmigo? Di, ¿qué pasa conmigo? Soy una... alucinación, ¿no? A-lu-ci-na-ción. A-lu-ci...

La voz murmuraba, refunfuñaba, reía y se perdía. Rosa escuchaba atemorizada:

—No entiendo, Hannes. No te enfades conmigo. No te enfades. No tengo a nadie más.

—A nadie —se burló él—: tócate la nariz, tírate de la oreja, date una palmada en el muslo, ahí tienes a una persona, de cien libras de peso y más. ¿Cuántas tengo yo?

—Qué pretendes —imploró ella—, no empieces otra vez.

—Sé que haremos un viaje. Hermosos viajes por tus cabellos. ¡Con tal de que no baje dando volteretas! Me gustaría

viajar de verdad, en carne mortal, en un tren, en primera, con maletas, a Suiza, a Italia...

—¿Tanto me amabas, Hannes? ¿Te gustaría? Estabas siempre tan callado.

—Sí —mintió la voz Rosa sentía que Hannes mentía, pero a ella le gustaba—, siempre me mantuve contenido.

—¿Qué debo hacer, Hannes? ¿Qué me ordenas?

Él:

—Por fin comprendes que tienes obligaciones. Todas las mañanas, cuando te despiertes y te traigan café, ve a la ventana, asómate y llámame. Llámame con frecuencia, ¿comprendes? No importa que no responda enseguida. Tienes que llamarme mucho, tienes que llamarme largo rato y de corazón, con fervor, Rosa, de lo contrario no puedo venir, con fervor, como lo hacía los primeros días. Sin eso no puedo venir.

—No puedo imaginar dónde estás, querido. Quédate cerca de mí. No vuelvas a perderte.

—Puedes llamarme como quieras, pero tienes que hacerlo. Tiene que salir de lo más hondo de ti. ¿Qué dirás? Dirás: Hannes, Hannesle, mi buen Hannes, el café es tan malo, es café de guerra, y encima café de prisión, achicoria, pero es todo lo que tengo y lo que puedo ofrecerte, y voy a compartirlo contigo. Bébelo conmigo. Bebe despacio, Rosa, para que no me atragante. Y luego me darás a masticar tu pan.

—¿Ese pan espantoso, Hannes?

—Lo comeré contigo. Me lo debes. A mediodía, cuando cojas la cuchara...

—Te daré de comer, Hannes. Daré de comer a mi niño pequeño e invisible. Me alegraré de hacerlo. Me alegro de tenerte por completo y para mí sola y de que nadie a nuestro alrededor lo sepa. Ha llegado un nuevo recluso, un inquilino más.

—Me harás sitio a tu lado.

—Debes venir, mi pobre Hannes. No te dejaré en el frío de fuera.

—¿Y dónde voy a dormir?

—Donde tú quieras.

—No soy tímido, Rosa, ten cuidado. Cuando estés sentada a la mesa, te quitaré la sopa y me comeré hasta la cuchara.

—¿Tan hambriento estás?

Él lanzó un sollozo:

—No tenemos nada. ¿Qué pasa con nosotros? No somos nada si no se nos ayuda. Los caídos somos peor que mendigos. No hemos tenido ninguna vida y, ¿cuánto va a durar nuestra muerte?

Ya no hubo resistencia. Ella seguía traduciendo, escribía sus cartas, hablaba con Tanja, leía sus periódicos, pero él... asaltaba su celda.

Cuando se inmescuía demasiado, ella tenía que rechazarle:

—Hannes, por favor, todo tiene sus límites.

Pero estaba claro que él no conocía esos límites, se comportaba como un niño caprichoso. Le hacía de repente y sin razón reproches por antiguos acontecimientos banales. Se comportaba de manera egocéntrica y mostraba un carácter tiránico y malhumorado. Ella siempre tenía que ceder, al cien por cien, y después de sus exabruptos ella todavía tenía que darse golpes de pecho y pedirle perdón. Al final de esas discusiones se ablandaba, ella ya lo sabía, se cansaba, se había desfogado, y ella se dormía con él.

A veces, su alegría por vivir en la celda con Hannes era tan grande que tapaba su foto para no volverse loca.

★ ★ ★